

Emoción, conciencia y significación

por Albert Lladó

*“La conciencia se conmueve sobre su emoción, la intensifica.
Cuanto más se huye, más miedo se tiene.”*

Jean-Paul Sartre

Introducción

Este trabajo es, en realidad, el intento de hacer una lectura crítica, y pausada, del *“Bosquejo de una teoría de las emociones”*¹ de Jean-Paul Sartre. La obra sigue, de alguna manera, la tradición fenomenológica de Husserl, haciendo hincapié en las contradicciones en que cae la teoría psicoanalítica.

La psicología tiene una noción del hombre plenamente empírica, trabaja, por lo tanto, con recursos extraídos desde la experiencia. La propuesta fenomenológica, sin embargo, advierte que toda psicología no puede quedarse en el estudio de los hechos, debe ir más allá, estudiando las esencias. La emoción, por ello, no puede ser un mero accidente.

De esta manera, Sartre, basándose también en reflexiones de Heidegger², cree que al hablar de la realidad humana no hemos de olvidar que esa realidad somos nosotros mismos. El ente que estudia el psicólogo es el suyo propio, su ser. Sin una antropología fenomenológica, la psicología no se preocupará de aquello que se muestra por sí mismo que, en realidad, es la apariencia. Y, en la apariencia, es donde ocurre la significación. Significar es indicar otra cosa e indicarlo para que, al desarrollar la significación, se halle lo significado. Como veremos, la emoción significa el todo de la conciencia y, de alguna manera, el todo de la realidad humana.

¹ SARTRE, Jean-Paul. *“Bosquejo de una teoría de las emociones”*. Ed. Alianza. Madrid, 1971.

² HEIDEGGER, Martin. *“Conferencias y artículos”*. Ed. Serbal. Barcelona, 1994.

Psicología y fenomenología

Como hemos visto en la introducción, Sartre cree que la psicología tradicional se equivoca al estudiar al hombre, y sus actos, desde una perspectiva únicamente empírica. El psicólogo ve al hombre como algo alejado de sí, como un accidente, como una acción de la experiencia. Sin embargo, el psicólogo tradicional utiliza, también, la experiencia reflexiva, ese conocimiento intuitivo que tenemos de nosotros mismos.

El principal problema, entonces, es que el psicólogo no se preocupa en averiguar el objeto del estudio. ¿Qué es el hombre?, ¿Qué importancia tiene que yo estudie a un hombre si yo, también, soy un hombre?

“el psicólogo se niega absolutamente a considerar a los hombres que le rodean como sus semejantes. Esta noción de similitud, a partir de la cual podría tal vez edificarse una antropología, le parece irrisoria y peligrosa.”³

Por lo tanto, nos encontramos ante el trabajo de la psicología como un simple acumular conocimientos sobre accidentes. Se prefiere, sin preocuparse por las esencias, el conocimiento contingente, el desorden. La suma de casos no da como resultado ninguna esencia. Hay que, por ende, preguntarse, desde un principio, por la esencia

³ Ídem. Pág. 10.

E aquí el papel fundamental, según Sartre, que ha de jugar la fenomenología. Si el psicólogo no se pregunta por las condiciones de posibilidad de una emoción, porque cree que la emoción simplemente es, el psicólogo fenomenológico se preguntará, para estudiar al hombre, el concepto *a priori* de hombre. Además, el psicólogo tradicional deja de lado que el hombre actúa ante su mundo, no aisladamente. Así, antes de estudiar los hechos de determinados hombres, debemos prestar atención al presupuesto de hombre, por un lado, y de mundo, por otro.

El medio, la estrategia a seguir, debe ser la *reducción fenomenológica*. Se trata, pues, de poner al mundo entre paréntesis⁴. Husserl, en las cinco conferencias de Gotinga realizadas en mayo de 1907, ya muestra un intento de transformar la fenomenología como psicología descriptiva en una fenomenología trascendental. Intenta *ver radicalmente*, apostando por un objetivismo real frente a todo subjetivismo, psicologismo o naturalismo. No estudia ni las cosas ni sus representaciones. Se ocupa, en definitiva, de un tercer reino; el reino de las esencias. Entiende, de este modo, la conciencia como una vivencia intencional y, así, todas las experiencias referidas al mundo actual quedan *suspendidas*. La *reducción eidética*, y más tarde, la *reducción trascendental*, son necesarias para llegar al yo trascendental.

Sartre, como veremos, no apuesta por una fenomenología pura para fundar una nueva psicología. Pero sí que es cierto que el eco del pensamiento husserliano está en todo el *Bosquejo*.

⁴ HUSSERL, E. "La idea de la Fenomenología". Ed. F.C.E. México, 1984.

También hay, inevitables, referencias a Heidegger. De la lectura de su obra “*El Ser y el Tiempo*”⁵, Sartre reflexiona sobre como el ser de un este es su propio ser. Así, la realidad humana soy yo mismo, y separar la comprensión de su propio ser es estúpido.

*“Nos hallamos, pues, en la situación inversa a los psicólogos, ya que partimos de esta totalidad sintética que es el hombre y establecemos la esencia del hombre antes de dar nuestros primeros pasos en la psicología.”*⁶

Por lo tanto, lo que Sartre nos expone, frente a las teorías clásicas de la psicología es que el estudio del hombre, desde el hombre, ha de hacerse desde una antropología que busque las esencias y que se pregunte, en primera instancia, por las apariencias, para así, buscar la significación de la emoción.

Si significar es indicar otra cosa, y yendo a su desarrollo, encontramos su significado, las teorías psicoanalíticas son las primeras en ver algo más en la conducta, en el hecho. Pero, entonces, ¿En qué se equivoca el psicoanálisis?

⁵ HEIDEGGER, Martin. “*El Ser y el Tiempo*”. Ed. F.C.E. México, 1987.

⁶ SARTRE, Jean-Paul. “*Bosquejo de una teoría de las emociones*”. Ed. Alianza. Madrid, 1971.

Psicoanálisis y fenomenología

Sartre hace un breve repaso a las teorías tradicionales de la psicología. Como hemos explicado anteriormente, todas las teorías flaquean, de alguna manera u otra, en mayor o menor intensidad, en a la hora de preocuparse por los hechos y no por las esencias. Además, como hemos dicho, el psicólogo no debe estudiar al hombre como algo diferente a él, ya que la emoción, de alguna forma, es el todo de la conciencia, de la realidad humana. Así, tanto la teoría fisiológica de James, la teoría de la conducta de Janet y las teorías de emoción-forma funcional, parecen insuficientes porque arrancan de un sitio equivocado. Sin embargo, la teoría psicoanalítica sí que ve en el hecho algo más, no es un simple accidente. Todo estado de conciencia vale por algo que no es él. Hay significación. Pero, ¿dónde sitúa el psicoanálisis esa significación?

La significación de la emoción es funcional, por definición. Pero la tesis psicoanalítica concibe el fenómeno consciente como la realización, simbólica, de un deseo reprimido. Sin embargo, este deseo no se halla dentro de la realización simbólica. O sea, aquí vemos la gran contradicción de la teoría psicoanalítica: la significación del comportamiento consciente está fuera del mismo, a la vez.

“lo significado está completamente cortado del significante”⁷

⁷ Ídem. Pág. 51.

Por este motivo, vemos como la conciencia, vista desde el psicoanálisis, es tratada como si fuera una piedra, nos dice Sastre. La conciencia se constituye en significación sin ser conciente de ello. La conciencia, si se hace, se está, al mismo tiempo, apareciéndose a sí misma.

Las tesis del filósofo francés apuntan, entonces, a que la conciencia no debe interrogarse desde fuera. La conciencia, por así decirlo, es conciente de sí misma. Es, en definitiva, ella misma.

*“la conciencia es ella misma,
el hecho, la significación y lo significado”⁸*

Más tarde, Sastre nos aclarará que el psicoanalista no cree que el carácter de símbolo esté, realmente, en un supuesto exterior al hecho de conciencia. Pero si se hace conciencia, se constituye como tal, de manera simbolizadora, se cae, de nuevo, en la relación causal entre el significante y el significado. Es, otra vez, una contradicción. Mientras el teórico del psicoanálisis va buscando nexos causales que expliquen el significado de determinados hechos, el psicoanalista que ejerce en la práctica debe buscar resultados en términos de comprensión. O sea, en cada caso, la relación entre símbolo y simbolización es diferente. No se puede afirmar que todas las veces que se sueña con X, se desea Y.

La causalidad del teórico es muy parecida a la causalidad del psicólogo tradicional. Por eso, Sastre ataca el psicoanálisis, porque a

⁸ Ídem. Pág. 53.

pesar de aceptar que en todo fenómeno existe significación, intenta explicarla a través de meros juegos causales. O sea, se acepta que la emoción no es un accidente, pero la explicación sigue siendo lineal, simple, buscando la significación de la conciencia fuera de ella.

*“...es la conciencia la que se hace a sí misma conciencia,
emocionada con vistas a las necesidades de una
significación interna.”⁹*

La propuesta del filósofo existencialista es, a partir de entonces, describir la emoción a través de una teoría fenomenológica, que no tendrá que caer en las contradicciones del psicoanálisis. La causalidad no tiene lugar aquí. El objeto emocionado y el objeto emocionante están unidos. Se trata, pues, de una forma de aprehender el mundo.

⁹ Ídem. Pág. 55.

Emoción y fenomenología

La conducta es irreflexiva. No es inconsciente. Es conciente de sí misma porque se trasciende y aprehende el mundo. La conciencia se transforma a sí misma para transformar el mundo.

Pero la emoción, vista desde el paradigma fenomenológico sartriano, debe de ser un juego en el que creamos. Es un acto de creencia. La emoción, nos dirá, es padecida. Y padecerla quiere decir que la conciencia no sólo crea un mundo, lo transforma, si no que vive a partir de entonces, en él. Así, cae en su propia trampa. Crea un mundo y se lo cree. Vive en un lugar que ella misma se ha inventado, ha cambiado. La conciencia es, por lo tanto, un “Ser-en-el-Mundo”.

No podemos olvidar, de nuevo, la enorme influencia que tuvo que tener Heidegger en este *Bosquejo*. El mundo es ese *lebenswelt* en el que se vive arrojado.

Poner énfasis en el hecho de que la conciencia es irreflexiva es, claramente, un intento, otra vez, de desmarcarse de la tradición psicológica. La conciencia de la emoción no se encierra en sí misma, se nutre del objeto, lo transforma, aprehende de él. Por estos motivos, quien afirma que la conciencia es el paso del mundo a nosotros mismos, tiene que estar equivocado. La conciencia siempre vuelve al mundo, es respecto a l mundo que es conciencia.

Ya no es descabellado, entonces, definir a la emoción como una transformación del mundo. Es actuar ante el mundo, cambiándolo, haciendo del mundo determinista un mundo mágico. La aparición de la magia no es trivial, tiene que ver con la importancia de la creencia que antes explicábamos.

*“La emoción...es ante todo aprehensión
de relaciones y exigencias nuevas”¹⁰*

Entonces, el hombre social es un hombre mágico que mira al mundo, lo interpreta y, si es necesario, lo cambia. Interactúa, siempre, de manera irreflexiva con una conciencia que tiene el significado y el significante dentro de sí, en constante relación con el mundo al que se dirige.

Pero la emoción no es efectiva en el sentido estricto. No cambia la realidad del objeto, sino la conciencia de él. El miedo, por ejemplo, niega un mundo exterior que no le gusta y, si es necesario, crea uno nuevo que se cree inmediatamente. Sastre llama al universo *mortecino* porque es monótono hasta el abismo. Por eso, buscamos el *refugio* en cualquier rincón que nos parezca más diferenciado de la indiferencia del universo.

El cuerpo, por otra parte, es el medio por el que las alegrías y temores participan de la magia del mundo. Nuestro cuerpo sirve de conjuro para que la emoción cree nuevos mundos, para que creamos en ellos ciegamente.

¹⁰ Ídem. Pág.

La emoción, incluso, no se puede controlar. Es padecida, como decimos. Si la creemos, si creemos en el mundo que hemos transformado, la emoción se agota por sí sola, pero no porque nosotros lo decidamos.

*“La conciencia no se limita a proyectar
significaciones afectivas sobre el mundo
que le rodea: vive en el mundo que acaba de crear.”¹¹*

Para acabar, tenemos que volver a señalar que la conciencia, al creerse el mundo que ha creado, se hace cautiva de sí misma. Es su propio engaño. Así, la emoción tiende, de manera natural, a perpetuarse en el mundo, porque se lo cree, y se ve arrojada a él. La conciencia, en definitiva, intensifica su emoción, la hace más fuerte. Por eso, como dice la cita que abre este estudio, podemos decir que *cuanto más se huye, más miedo se tiene.*

¹¹ Ídem. Pág. 83.

Conclusiones

Hemos visto, a lo largo de estas páginas, que Sastre comienza este *Bosquejo de una teoría de las emociones* con una crítica a las teorías clásicas de la psicología, por entender la emoción como accidente y, sobre todo, por no preguntarse por las esencias y, únicamente, por los hechos.

Si bien Sastre ha afirmado que el psicoanálisis es la única teoría que otorga un significado más allá del objeto dado, este significado es relacionado del significante de manera causal y, lo desplaza, fuera de la conciencia misma.

Por estos motivos, el pensador francés, propone una teoría fenomenológica de la emoción, donde se ve a la conciencia como irreflexiva, en todo momento, y que el significado y el significante habitan dentro de la misma. Además, nos ha hablado de la importancia de la creencia en el hecho de la emoción, ya que ésta actúa aprehendiendo el mundo en la que es arrojada, y, si es necesario, cambiándolo, transformándolo, trascendiéndolo.

La emoción es, en conclusión, un modo de existencia de la conciencia. Un modo de existencia que comprende el mundo, su estar y ser en ese mundo. La emoción es, por lo tanto, una actitud mágica ante un mundo mágico. Es todo lo contrario a un desorden, ya que posee un significado propio. Y, ese significado, es la totalidad de las relaciones de la realidad humana con el mundo.

Bibliografía

FERRATER MORA, José

“Diccionario de Filosofía” Ed. Ariel. Vol. II y Vol. IV. Barcelona, 1994

HEIDEGGER, Martin

“Conferencias y artículos”. Ed. Serbal. Barcelona, 1994.

HEIDEGGER, Martin

“El Ser y el Tiempo”. Ed. F.C.E. México, 1987.

HUSSERL, E.

“La idea de la Fenomenología”. Ed. F.C.E. México, 1984.

SARTRE, Jean-Paul

“Bosquejo de una teoría de las emociones”. Ed. Alianza. Madrid, 1971.

Índice

Introducción	Pág. 3
Psicología y fenomenología	Pág. 4-6
Psicoanálisis y fenomenología	Pág. 7-9
Emoción y fenomenología	Pág. 10-12
Conclusiones	Pág. 13
Bibliografía	Pág. 14